

EL KEITH RICHARDS DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

José Antonio de la Rubia Guijarro

IES Alhambra (Granada)

Tengo que hablar de Antonio Escotado y las drogas, pero yo, en realidad, quiero escribir sobre Keith Richards. Cuando redacto estas líneas (navidades de 2023) se habla en todos los informativos del ochenta cumpleaños del legendario guitarrista de los *Rolling Stones*, el genial compositor de *Start Me Up*, *Gimme Shelter* y decenas de *riffs* inmortales. Todo el mundo vuelve a preguntarse por enésima vez el clásico enigma mil veces planteado a lo largo de unas seis décadas (década más, década menos): cómo es posible que Keith Richards siga vivo. Es decir, vivo, activo y feliz en un escenario, viendo crecer a sus nietos en el *backstage*. En el espléndido documental sobre su vida de *Netflix* «Under the influence», Keith dice «yo no envejezco, evoluciono». También los dioses paganos han querido que yo haya terminado de leer justo ahora su autobiografía *Vida* (Libros Cúpula, 2018), escrita con James Fox. Y después de leer su libro también me hago la pregunta: cómo es posible que Keith Richards siga vivo...

¡CON TODO LO QUE SE HA METIDO EN EL CUERPO!

La similitud con Antonio Escotado es bastante clara, por eso llamo a nuestro filósofo *el Keith Richards de la filosofía española*. Me explico. Ambos son un producto de los *sixties*: rebeldes, hedonistas y radicalmente libres. Ambos han experimentado con todas las drogas hasta el límite y un poco más. No aleccionan, no moralizan, no eluden sus responsabilidades ni ocultan los malos momentos. No los verán ustedes echarle la culpa a la sociedad, la crisis de valores o al camello que les vendió la papelina en la puerta de la guardería. Han tenido muchos más problemas con la policía que con las drogas. Keith explica detalladamente la paranoica persecución que policías

de varios países han realizado a los *Rolling Stones* y Antonio Escotado penó durante un año en la cárcel de Cuenca acusado del surrealista delito de «tráfico de drogas en grado de tentativa imposible». Es decir, nuestro filósofo fue en realidad una víctima de lo que se conoce como «delito provocado», a saber, estaba en medio de dos extremos en los cuales se hallaba la propia policía. El hombre que fue jueves.

La prohibición de las drogas es el paradigma de lo que se conoce como «delitos sin víctima», es decir, delitos en los cuales existe una relación contractual entre el supuesto victimario y la supuesta víctima. Estos delitos (drogas, prostitución, juego, pornografía...) sólo se pueden combatir con aberraciones jurídicas cuya consecuencia práctica es el enriquecimiento de los criminales y el castigo a personas a quienes supuestamente queremos salvar de sí mismas y a las que, para no reconocerlas como seres racionales, llamamos «enfermas». Al final, como le oí una vez a un preso, «unos estamos aquí por comprar, otros por vender y otros por estar donde había». En España, antes de la aparición de la cruzada contra la «violencia de género», el tráfico de drogas era la primera causa de encarcelamiento, igual que en el resto del mundo.

Son numerosos los textos en los cuales Antonio Escotado trata el tema de las drogas, buena parte de los cuales, aparte de sus libros, se encuentran en la espléndida edición recopilatoria publicada en 2015 (titulada *Frente al miedo*) realizada por Guillermo Herranz para la exquisita editorial de pensamiento *Página Indómita*. Yo no quisiera aquí hacer un estudio sino contar mi relación con la obra de Escotado. En realidad, lo que me motivó a leer a Escotado no fue un texto de él sino sobre él. En los viejos tiempos, que quizá algunos de ustedes recuerden, en los cuales podíamos leer el diario *El País* sin mearnos de la risa, su amigo Fernando Savater publicó en la primera página del suplemento *Libros* una reseña titulada nietzscheanamente «Una genealogía de lo inmoral» (reeditado como apéndice de su artículo «El estado clínico» publicado en

Humanismo impenitente, Ed. Anagrama 1990). Era una reseña de la primera edición de una obra ya entonces monumental, en tres volúmenes, publicada en el Libro de Bolsillo de Alianza Editorial, titulada *Historia general de las drogas*. Yo ya conocía las opiniones de Savater defendiendo la despenalización de las drogas, un tema, entonces y ahora, tabú. Pero Fernando Savater era, es y será, en ese tema y en muchos otros, un valiente. Lo que me llamó la atención no fueron los argumentos mil veces repetidos a favor de la despenalización sino la invitación a conocer la historia y la comparación de la cruzada contra las drogas con la caza de brujas. «[...] Quizá el paralelismo histórico deba ser llevado un poco más allá», dice Savater, «¿no valdría recordar que los procesos por brujería tuvieron como efecto aumentar y no disminuir el censo de brujas supuestas, hasta que la ciudadanía se hartó de masacre, espionaje y denuncias amañadas, dando carpetazo al asunto y aprendido a desconfiar de allí en adelante del poder secular de los inquisidores religiosos? Del mismo modo, es indudable que la fiebre de proscripción y guerra contra las drogas comenzó *antes* de que estas se convirtieran en un problema mundial omnipresente, no como consecuencia de tal proliferación. Cada vez hay más y peores drogas, como cada vez hubo antaño más y peores brujas: y es que el demonio que las alienta y las corrompe no es otro que el inquisidor que las persigue» (op. cit. 148).

De modo que me lancé a la lectura del libro y descubrí que Savater tenía razón. *La historia general de las drogas* es justamente eso: un libro de historia. Pero escrito con el método genealógico. Quizá hoy en día la cruzada contra las drogas esté de capa caída porque la opinión pública ya está un poco harta del tema y también porque indudablemente se gana mucho más dinero luchando contra la violencia de género. Ya no hay murga publicitaria atacando la crisis de valores, el materialismo, el consumismo o cualquier otro discurso moralista a lo *Proyecto Hombre*. Las drogas ya solo aparecen en la consuetudinaria noticia del telediario sobre la captura del alijo, una historia arquetípica platonizante que desaparecerá hasta que se

capture el siguiente alijo, etc. etc. Un alijo eterno en el mundo inteligible. La gente piensa que el problema de las drogas ha existido siempre y se solucionará el día que esas sustancias maléficas desaparezcan de la faz de la tierra. Pero no había «problema de las drogas» antes de la prohibición de las drogas. Aunque había drogas. ¿Por qué se prohibieron entonces? Dicho de otro modo ¿por qué hubo caza de brujas? *Pharmakon* significa en griego medicina, veneno y... chivo expiatorio. Las brujas eran un chivo expiatorio utilizadas simbólicamente para encarnar los males de la sociedad y satisfacer las ansias de control de una burocracia totalitaria. Si superponemos genealógicamente la cruzada contra las drogas sobre la caza de brujas nos sale un calco perfecto, la misma metodología, desde las denuncias anónimas, la tentación y el fruto prohibido (simplemente cambien la manzana de Adán y Eva por una papelina y la serpiente por un camello), la incautación de los bienes, la posesión adicta/diabólica...

Escohotado nos iba contando la relación de los hombres con las drogas desde los tiempos más remotos y cómo la cruzada contra las drogas surge de una confluencia de la moral puritana calvinista norteamericana, la consolidación de un macroestado clínico como eje de la biopolítica de control, la institucionalización de los intereses de la burocracia médica (la «farmacracia», un concepto que aparecerá más adelante). «Droga» no es un concepto científico, es la prohibición la que define lo que es droga. Las drogas no son sustancias sino *comportamientos*. No hay drogas sino «sustancias que son utilizadas como droga». La guerra contra las drogas, que tantos réditos políticos ha dado, es una guerra contra nosotros mismos. «En definitiva», dice nuestro filósofo, «quizá ningún asunto expone de modo tan nítido las justificaciones últimas del Estado del Bienestar donde nos ha tocado vivir” (op. cit., pág. 27). La cuestión que se debate no es la bondad o maldad de sustancias sino cuáles son los límites de la coacción estatal. La genealogía de Escohotado pone de relieve, a mi juicio, que hay un debate previo al debate

sobre le legalización y trata de la prohibición. *No se trata de discutir por qué hay que legalizar las drogas sino por qué están prohibidas.*

Volví a leer varias veces el libro, que ha conocido sucesivas revisiones y en el que colaboró Pablo Fernández Flórez. Ahora es un voluminoso volumen que publicó Espasa Calpe en 1998. Escohotado reservó el análisis de la subjetividad alterada por las sustancias para un tomo que ha conocido varias encarnaciones (*El libro de los venenos, Aprendiendo de las drogas*) y que ahora es un apéndice de la historia general denominado *Para una fenomenología de las drogas*. Ahí cuenta su experiencia con drogas legales e ilegales. Pero tratándose de Escohotado tan apasionante es leerlo como escucharlo. Durante bastantes años nuestro filósofo se convirtió en el «filósofo de las drogas», seguramente contra su voluntad, fue bastante popular en los medios siempre con su tono racional, pausado pero provocador. Podemos encontrar muchas de sus intervenciones públicas en el *Youtube*. Él y Savater nunca dejaron de explicar, informar, y hacer pedagogía política sobre este asunto que, por cierto, es bastante filosófico porque el concepto central que está en juego es la *libertad*. Escohotado se trajo a España a muchos de los autores que habían reflexionando lúcidamente sobre el tema, desde el descubridor del LSD Albert Hofmann hasta el «emboscado» Ernst Jünger. Pero Savater y Escohotado merecen pasar a la historia aunque sólo sea por haber introducido en España el pensamiento del psiquiatra húngaro/norteamericano Thomas Szasz.

Thomas Szasz. Tengo una foto suya en mi despacho. Fue un psiquiatra libertario que cobró fama mundial en 1961 con su libro *El mito de la enfermedad mental* (Ed. Amorrortu 1994). No era un antipsiquiatra izquierdista al uso. No defendía que la locura fuera un estado de santidad y no una fuente de sufrimiento. Su tesis básica es que *bad habits are not diseases*, es decir, se trata de un cuestionamiento del modelo terapéutico aplicado a la conducta. Pero nuestro interés aquí es que Szasz demostró como la cruzada contra las drogas no tiene ninguna base científica y sí un fundamento

mítico, ritual. Szasz publicó un libro titulado *Ceremonial Chemistry* que aquí se tradujo como *Droga y ritual*. Szasz es la referencia más importante para Escotado quien, por cierto, fue el traductor y prologuista del libro (Fondo de Cultura Económica 1990). Caústico, erudito, profundamente libertario, Szasz tiene una extensa obra, incluyendo sus libros específicos sobre drogas como *Pharmacracry* (una denuncia de las políticas sobre drogas, publicado por Syracuse University Press 2003), *The Therapeutic State* (Prometheus Books 1984), *Nuestro derecho a las drogas* (Ed. Anagrama 1993, también traducido por Escotado) o el brillante libro de aforismos *El segundo pecado* (Ed. Martínez Roca 1992, traducido por Jordi Beltrán y prologado por Fernando Savater quien también le ha dedicado a nuestro antipsiquiatra favorito textos específicos tan tempranos como «El año Szasz», *El País*, 10 de enero de 1985).

Como muestra de su pensamiento aquí tienen un aforismo: «Marx dijo que la religión era el opio del pueblo. En Estados Unidos el opio es la religión del pueblo» (op. cit. pág. 96).

Pocos autores del siglo XX han defendido la libertad de la manera tan *auténtica* como lo hace Szasz. La libertad es inseparable de la responsabilidad y no es un hecho maravilloso. La libertad real, la que no asume todo el mundo, tiene sus consecuencias fatales y así lo titula Szasz en su libro sobre el suicidio: *Libertad fatal, ética y política del suicidio* (Ed, Paidós 2002, trad. Francisco Beltrán). La libertad es el problema que se manifiesta radicalmente en buena parte de los temas que configuran lo que un cursi posmoderno llamaría «la conversación social», de las drogas a la prostitución, los vientres de alquiler, la eutanasia y mil más. Es el concepto que recorre y marca a fuego todo el discurso de Escotado y así lo hizo hasta el final. Retirado y esperando la muerte en su querida Ibiza, en el otoño de 2021, aún concede entrevistas en su estilo relajado (ver el libro de Ricardo F. Colmenero *Los penúltimos días de Antonio Escotado, La esfera de los libros* 2021). A mí me hace mucha gracia una conversación, que está en *youtube*

(<https://www.youtube.com/watch?v=u8eIVrRX8Xo>) y en la web *La emboscadura* (que lleva su hijo Jorge: www.laemboscadura.com) entre los inevitablemente golfos Antonio Escohotado y Coto Matamoros. Sí, han leído bien: Coto Matamoros. Una conversación en la que Escohotado define la libertad a la manera de Spinoza como «conciencia de la necesidad». Una conciencia, naturalmente, desdichada.

En ese diálogo ibicenco aparecen, faltaría más, los *Stones*. Escohotado recuerda que la autobiografía de Keith Richards se llama, precisamente, *Life*. «Está aguantando mucho Richards», dice con sorna. Más que todos nosotros, añadiría yo, que algún día nos iremos y no volveremos más.